satisfacción, á cumplir nuestro compromiso de honor; á rodearos y á estimularos en este momento de gloria, en que la inmensa aclamación del pueblo agradecido es la consagración solemne, definitiva, irrevocable, de vuestra conducta de magistrado, y justifica también la nuestra de agentes de concordia cívica, y de cívica esperanza.

En aquellos instantes de angustia, cuando se llegó á temer que una sola cláusula, al parecer poco importante, de las bases de pacificación, estaba á punto de hacer desmoronar las esperanzas del pueblo, vos, que queríais sinceramente la paz, permanecísteis, sin embargo inflexible en vuestra primitiva exigencia. Pero en esa inflexibilidad hemos visto, señor, no sólo el propósito de conservar incólume, como lo habéis conservado, el principio de autoridad y el prestigio de vuestro gobierno, sino algo más grande y más generoso: hemos visto el propósito de compartir con esos mismos hermanos que se habían alzado en armas frente á la autoridad constituída, la gloria, la transparente gloria de haber cedido ellos también, ofreciendo así, también ellos, en esta fiesta lustral de los holocaustos patrióticos, una ofrenda propiciatoria á la patria; pudiendo así también ellos, en esta pascua de nuestras esperanzas nacionales, comer con todos sus hermanos el pan sin levadura y el cordero sin mancha de sangre, que simboliza la nueva era; la era de la paz de noble estirpe; la era de la paz hija legítima de paz.

Así, y sólo así, vigorizaremos el principio de la autoridad constituída, emanación del pueblo libre; uniendo al pueblo y al Gobierno en una sola aspiración de paz y de justicia, superior á toda otra aspiración; así apresuraremos, como dice el poeta pensador, el camino de la razón en las almas retardadas, el advenimiento de la época en que todos los que sean fuertes tendrán miedo de su fuerza, y en que, poseídos de un santo temblor, temblarán á un tiempo mismo, el poder, en presencia de sus deberes, los pueblos, en presencia de sus derechos.





OBRA DE PAZ

Discurso pronunciado, en el "Teatro Larrañaga" de la ciudad del Salto, en el banquete ofrecido por el pueblo al presidente de la república, don José Batlle y Ordónez, el 1.º de Octubre de 1903.

SUMARIO: Las manifestaciones al presidente de la república.—Su significado.—El pueblo se aclama á sí mismo.—El principio de autoridad.—El acatamiento al fallo del sufragio.—La bandera y el abanderado.—El ciudadano Batlle y Ordóñez.—Sus títulos.—Los palmares de Soto.—La mujer en la obra de paz.—El brindis.

Señor Presidente de la República:

Señores:

Nó, no ha sido un triunfo de la generosa y elocuente insistencia de mi amigo el doctor Blixen, como él lo acaba de afirmar, el hecho de haberme yo levantado á dirigiros la palabra. Si vosotros no me hubierais pedido que os hablara esta noche, yo os hubiera rogado que me escucharais, pues para eso acepté reflexivamente, y muy agradecido, la invitación á acompañarlo en este viaje, con que me honró el presidente de la república: para proclamar, definir y comprometer opiniones arraigadas en mí, tras larga y concentrada meditación; para unir mi adhesión, por insignificante que ella sea, á la que el pueblo del Uruguay quiere ofrecer y ofrece, en su devorante anhelo de paz y de normalidad, á la situación política que preside el ciudadano con quien bebemos en esta mesa el vino generoso de las cívicas cordialidades; para estimular intenciones buenas, y vigorizar esperanzas firmes; para unirme á vosotros, señores, en el ejercicio de la virtud ciudadana que consiste en prestar franco y valiente apoyo á los gobiernos dignos de él por su origen y por sus actos, virtud que representa muy á menudo mucho mayor fortaleza é independencia mayor que la que consiste en combatir las tiranías.—(Aplausos).

(Si bien en las piezas oratorias que forman este libro se han suprimido las manifestaciones ó movimientos del auditorio, se han conservado en el presente discursotomado de la versión publicada en El Día de Montevideo, por juzgarlo así necesario á la comprensión é integridad de la obra).

Todo es sugestivo, señores, en el ambiente de entusiasmo que hemos respirado y respiramos desde que, hace algunos días, dejamos, con el presidente de la república el puerto de Montevideo. Pero yo he creído distinguir una idea protagonista en medio de esta serie no interrumpida de aclamaciones populares. Estas manifestaciones completamente espontáneas, y en las que nadie podrá encontrar ni un átomo de esas imposiciones oficiales ó de esas lisonjas falaces que no son raras en casos análogos, son la proclamación del gran principio, alma máter del régimen democrático republicano que todos amamos: el soberano originario, ó, más bien dicho, la fuente inmediata del poder es el pueblo; él es el nervio de la soberanía. Y si hoy aclamamos al hombre que preside este banquete augural, es porque vemos en él la huella luminosa del dedo popular, que lo ha tocado en la frente, y le ha ungido la cabeza con el óleo sagrado del sufragio libre.—(Grandes aplausos).

Es el pueblo el que se dignifica y ennoblece, por consiguiente, señores, con estas manifestaciones de respeto á esa entidad consagrada que acata sin temer; con ellas se aclama altivamente á sí mismo, porque con estas aclamaciones, más aún que al abanderado, saluda y rinde tributo á la handera, al pabellón de las instituciones libres, del orden, de la normalidad, del respeto á la ley, del imperio de la justicia, encarnados en la persona del primer magistrado de la nación. —(Aplausos).

Yo he creído ver y palpar en las manifestaciones de ayer en Paysandú, y en las no menos vibrantes de hoy en el Salto, un hecho esencial. Vosotros me diréis, señores, si es ó no exacta mi observación. O mucho me equivoco, ó una parte de esas aclamaciones al jefe legítimo de la nación han brotado de labios y corazones de hombres que, en la reciente campaña electoral, no fueron partidarios de la candidatura del ciudadano Batlle y Ordóñez, para presidente de la república.

(Varias voces: es cierto, es cierto).

Pues bien: ya que ello es cierto, digamos que, si todas las manifestaciones de adhesión que han poblado y pueblan el ambiente que respiramos son briosas y son fecundas, ninguna es más amplia, ninguna más libre, más democrática, que la de esos ciudadanos que fueron los adversarios del hombre que hoy acatan y sostienen; porque ella denuncia la convicción, instintiva en unos, científica y reflexiva en otros, de que la persona es lo accidental, de que lo esencial es el principio de autoridad encarnado en ella, y respetado como condición sine qua non del ejercicio de todas las libertades; que la bandera es el símbolo; que la realidad amable ante todo es la patria, la patria definitivamente constituída y apta para la democracia, libre, feliz, próspera por el funcionamiento ordenado de su robusto organismo institucional; porque eso indica que ya nos vamos convenciendo de todo lo estériles que son las luchas fuera del orden, y de que ellas son la causa de todos nuestros males; porque eso revela, en fin, señores, que nos vamos inclinando á seguir

el ejemplo de la gran democracia del norte, en donde, después de la más reñida de las elecciones presidenciales, la primera mano que se tiende muy abierta, muy grande, muy llena de jugo del bravo corazón norteamericano al candidato vencedor, es la mano del candidato vencido, derrotado en buena lid. Eso es lo noble, señores, eso lo valiente, lo fecundo...—(Grandes aplausos y aclamaciones).

¿ Qué virtud cívica esencial entraña la aclamación que tributamos al amigo personal, ó á la persona que nos es simpática y de quien somos bien queridos, cuando esa persona es elevada por el

triunfo cívico?

¡Valiente virtud, señores, valiente virtud! La palabra virtud viene de vis, fuerza, y para aclamar al amigo triunfante no es necesario hacernos fuerza alguna.

La virtud está en lo contrario: en la aclamación y el estímulo ofrecidos al adversario legalmente vencedor, en el acatamiento

democrático al principio que él ha triunfado.

Alzarse contra el resultado de una elección en que se ha tomado parte libremente, y alzarse contra ella porque mo ha vencido nuestro candidato ó nos es antipático el triunfador, es algo que casi deja de ser culpable á fuerza de ser pueril. Sí, señores, eso tiene algo del niño que se somete á tirar á la suerte con sus hermanos pequeños el juguete apetecido, pero sólo en el caso en que la suerte le sea favorable.

Nos vamos, pues, haciendo hombres, señores: nos vamos convenciendo de que los destinos de la patria no son juego de niños voluntariosos y consentidos, que puedan depender de nuestras simpatías personales. Ya era tiempo, ciertamente, ya era tiempo.—

(Grandes aplausos).

Pero aunque es ese el significado más amplio de estas manifestaciones altivas, señores, ellas revelan también, pues no es posible negar la luz á medio día, que el pueblo oriental está persuadido de que, en este caso, el abanderado es digno de la bandera... (Grandes aplausos interrumpen al orador) está convencido de que el abanderado es digno de la bandera, y por eso confunde, en una sola aclamación, los colores de ésta con las virtudes cívicas de aquél.

(Aplausos prolongados).

El ciudadano Batlle y Ordóñez, señores, ha exhibido sus títulos bien saneados al sufragio popular que ha ungido su cabeza; él no es un advenedizo afortunado; él ha sido, durante su vida entera, un soldado de la libertad política; cualesquiera que hayan sido y sean nuestras divergencias de principios y aspiraciones en otros terrenos, en ese, que es fundamental, él es el correligionario de todos los hombres libres; él ha luchado, confundido con todos nosotros, por el reinado de las instituciones; él ha padecido, con todos sus buenos conciudadanos, las grandes persecuciones por la justicia.

El discurso que acaba de pronunciar en este acto, firme y diáfano como un cristal de roca, es de una ingenuidad y de una intensidad

tales, y tan entrañables, que es muy difícil que sean percibidas y aquilatadas en una sola audición; el país lo verá mañana hasta el fondo, y sabrá apreciarlo en toda su profunda transparencia. Sí, ha dicho en él el presidente, mostrando su alma abierta de par en par, porque nada tiene que ocultar en ella; sí, yo he luchado, en lucha franca y leal, por la presidencia de la república; mis actos pertenecen al juicio de mis conciudadanos; pero más que ejercitar un derecho, he creído cumplir con ello un deber: el deber de ocupar el puesto en que más eficazmente podía realizar nuestros comunes ideales de libertad y de justicia. Es el pueblo el que ha subido en mí, y, como supremo estímulo de mis actos de magistrado, yo he traído á la presidencia de la república mi conciencia, que es la misma, exactamente la misma, que rigió mis actos de ciudadano batallador. No es un candidato el que habla así, señores, es un presidente, en los momentos de su mayor apogeo.

(Grandes y repetidas salvas de aplausos).

Yo acabo de cruzar, señores, por la primera vez, al través de las colinas de esta ondulante región del Norte de mi tierra, que es, toda ella, una continuación de mi ciudad natal; y al mostrárseme á lo lejos un grupo de palmeras, que el ferrocarril iba dejando atrás lentamente, y que parecían girar en la cumbre de la colina lejana; al decírseme que esos palmares eran los palmares de Soto, una niebla pensativa, tristemente luminosa, brotó, como una aurora sideral, del fondo de mis complejos recuerdos...; Oh recuerdos, recuerdos que os movéis en la bruma blanquecina, y habláis en ella largas palabras, y reproducís azuladas tragedias melancólicas!

Allí se luchó: esos palmares, que son símbolo de paz, y al mismo tiempo de gloria, lloran con el viento su larga elegía; lloran por todos los caídos en el regazo de la batalla, por los de una y otra parte; á todos los confunden en una perpetua lamentación que parece maternal, porque brota de las entrañas del sagrado suelo patrio, sube con la vida del árbol, y se difunde entre el cielo y la tierra en los rumores musicales de sus hojas suplicantes.

(Grandes aplausos.-;Bien! Muy bien!)

Allí luchó á nuestro lado, señores, el ciudadano Batle y Ordóñez, por la libertad y por la justicia; yo no puedo olvidarlo; desde allí ha ido escalando lentamente la cumbre, dejando mucha sangre de sus pies en el áspero camino; ha subido mezclado á la larga peregrinación de los romeros del derecho, confundido con todos nosotros en la ambición de libertad cívica, cualesquiera que hayan sido nuestras discrepancias de doctrina y nuestras diferencias de criterio en lo relativo á ciertos hechos concretos; desde allí ha subido, por fin, con nuestros principios democráticos á cuestas, hasta la cumbre en que hoy aclamamos, y en que debemos sostener, en un acto de consecuencia y en un transporte de esperanza, como presidente de la república, al viejo soldado de esos palmares de Soto que hemos visto al pasar esta tarde, en la cumbre de las colinas solitarias. (Aplausos repetidos).

Hoy, señores, el que fué propagandista ardiente y soldado ciudadano, proclama la paz honrosa que él mismo, mezclado al pueblo, ha conquistado para el pueblo, á fuerza de sacrificios. Es que ha llegado, señores, para este país, pues algún día había de llegar, el momento de realizar algo que es más difícil que sacrificarse: el momento de poseerse, el de preparar unidos el campo de batalla en que libraremos después entre nosotros mismos los combates incruentos de la idea.

Hoy, el antiguo soldado de los palmares ama y proclama la paz, no como una inconsecuencia ciertamente, sino como la más ceñida de las consecuencias lógicas; no como la base de su gobierno solamente, sino como la hija de sus entrañas de ciudadano, como el fruto de los sacrificios comunes de veinte años, como el depósito sagrado que el pueblo ha confiado á su energía y que él está obligado á custodiar.

Por eso, sin duda alguna, siente un amor apasionado hacia la normalidad institucional conquistada; por eso, al imaginársela injustamente amenazada, siente en su naturaleza, en general poco expresiva, movimientos de celosa angustia, y se oyen notas de se-

rena firmeza en las vibraciones de su voz.

Yo, señores, no formo parte de los consejos del señor presidente de la república, ni de su gobierno; no puedo constituirme en intérprete autorizado de su íntimo pensar; no estoy vinculado, por otra parte, á ninguno de los partidos políticos de mi país; no tengo, pues, ninguno de los grandes recursos de hermenéutica política. Soy un principio que flota en medio de vosotros, una convicción que palpita, una voz impersonal que pasa por el viento. Pero con el simple buen sentido que Dios me ha dado para sustituir la falta de una inteligencia superior que tanto desearía en estos momentos para inocular en mi país la convicción que está en mi espíritu; con mi simple buen sentido, yo he visto bien claro, en el insistente anhelo de paz que, en varias formas, todas ellas amables y sentidas, ha manifestado en este viaje el presidente de la república, un grito premioso en el que dice á todos los hombres de buena voluntad : dejadme haceros bien ; dejadme concentrar todas mis horas, todos mis pensamientos á ese solo objeto. Que no se atraviese, por Dios, en mis meditaciones, la idea de que existe el mal, y de que yo, como presidente de la república, estoy en el deber de prevenirlo, y conjurarlo y reprimirlo. Yo os prometo, una vez más, si es necesario, libertades, justicia, bienestar, prosperidad. Si no creéis en mis palabras, dadme tiempo para haceros creer en mis hechos. Pero es razonable que creáis en mis promesas, que abono con una vida entera de lucha por la libertad. Yo estimularé la ganadería, la agricultura, el comercio; yo haré profundos y accesibles vuestros puertos, transitables vuestros caminos, inviolables y seguros vuestros hogares; yo no puedo hacer más, para abonar mis promesas, de lo que ahora estoy haciendo: arrojaros mi corazón, que es transparente, para que lo examinéis hasta el fondo. Pero cooperad todos vosotros á la obra; cooperad á ella, haciendo un postulado nacional de la paz, de la condenación enérgica de todo pensamiento que tienda á arrancarnos de sus brazos, ó á arrebatarnos la fe en la eficacia de las instituciones, haciéndonos fundar una esperanza pre-

caria y dolorosa en la destrucción y en el derrumbe.

Proclamad eso ante todo, porque la unión de todos en esa fe inquebratante es la base indispensable de todo progreso político y material; no permitáis que se me imponga á mí esa preocupación, que debe ser la de todos y cada uno de vosotros; no queráis que se me grave con esa tarea, porque no es posible que yo me concentre al mismo tiempo á defender la puerta de la casa amenazada, aunque lo sea por fantasmas, y á realizar en el interior de ella la mayor suma de bienestar; porque no es posible, en fin, como lo dice el adagio vulgar, repicar en la torre tocando á rebato, y andar al mismo tiempo en la procesión.

(Grandes y repetidas salvas de aplausos).

El presidente tiene razón, señores, y no es sensato ver en sus palabras otra cosa que una nueva prueba del angustioso anhelo que siente porque el país lo deje hacer bien, todo bien, y nada más que bien. Démosle lo que pide, señores, porque es justo, porque es conveniente: démosle fe; demos apoyo, como lo estamos haciendo por medio de estas desinteresadas manifestaciones populares, á su autoridad, que es emanación legítima del pueblo; seamos todos pacificadores en la más honda de las pacificaciones, que es la única que acaso nos queda por realizar: en la pacificación de los espíritus, en la pacificación de los deseos, de las intenciones, de las esperanzas.—(Aplausos).

¿ Y cómo no recurrir á vosotras, oh señoras, que sois el principal esplendor de esta fiesta, como no recurrir á vosotras, para la realización de esa obra que podríamos llamar de evangelización política?

La empresa debe ser vuestra en gran parte; la obra es digna de vosotras; tomadla, hacedla vuestra con generosa pasión: trabajad por la paz; matad con el amor todo germen de odio que sintáis brotar en el alma de aquellos sobre quienes ejercéis vuestro irresistible ascendiente de ternura: sobre vuestros esposos, sobre vuestros hijos, sobre todos los que obedecen, aun sin quererlo, la inerme tiranía de vuestro amor omnipotente.—(Grandes aplausos).

Yo bien comprendo que la mujer no puede menos de compartir los sentimientos de su esposo, de sus hermanos, de sus hijos, desde que su corazón, que es maravilloso instrumento de armonía, tiene que ajustarse al ritmo de los que ama, so pena de dejar de amarlos. Pero la nota de vuestro corazón, señoras, puede ser, sin desentono, la nota de la ternura, de la caridad, del perdón, en el acorde doméstico. Llevadla siempre á él, señoras; aplacad las pasiones, sin contribuir jamás á exacerbarlas; sed siempre el espíritu cristiano dentro de la tradición partidaria; sed la palabra que aplaca, la lágrima que perdona, el suspiro que se resigna, la mano débil y suplicante que detiene el brazo armado. Ese es el divino mensaje

que tenéis en el fondo de vuestras almas; leedlo en ellas; leedlo bien, y trasmitidlo en nombre de Dios á esta sociedad, tan perturbada todavía por las reliquias de sus pasadas convulsiones.

Vuestro sexo, señoras, que ha sido llamado sexo débil, es el sexo fuerte por excelencia, cuando se encierra en su misión de amor: vuestra mente es de luz para la intuición, de hierro es vuestro corazón para el dolor; la primera no se ofusca cuando ve; el segundo no se quebranta cuando ama. Ved, pues, claro en este asunto, y

amaréis enérgicamente, y seréis la paz.

Tened fe en vosotras mismas; en todas las grandes empresas, en las divinas y en las humanas, la mujer ha sido siempre la fe vidente. Cuando el Hombre Dios, abandonado por sus amigos que huyeron ante el peligro, recorría su calle de amargura, sólo mujeres le dieron lágrimas y consuelo; sólo una mujer se desciñó las tocas de su cabeza para enjugar la sangre y restañar las lágrimas de su rostro luminoso profanado. Cuando, en la cumbre de la colina sacrosanta, abrió sus brazos la cruz, como el iris de paz encendido entre las iras del cielo y los pecados del mundo, casi sólo mujeres estuvieron al pie del patíbulo del Justo, sólo ellas vieron gotear la sangre de la Víctima divina, sólo ellas oyeron el testamento de Dios, y aceptaron por nosotros y nos trasmitieron nuestra herencia de redención...

(Largos aplausos repetidos).

Y cuando el genio errante por Europa con un mundo en la cabeza, pisaba desamparado la tierra española y pedía agua y pan para su hijo en las puertas del convento de la Rábida, ya lo esperaba en tierra española un amor de mujer capaz de acompañarlo y de alentarlo, y un genio de mujer capaz de comprenderlo, y que, según la expresión del poeta, de su corona desprendió un tesoro, para engastar un mundo en su corona.

(Bravo, bravo, aplausos).

Señores, brindemos: brindemos á la bandera de las instituciones republicanas, por cuyo triunfo, dentro de la normalidad y la paz, estamos librando estas batallas; brindemos á su actual abanderado, que para ella recoge nuestras viriles aclamaciones; brindemos á la realización del ideal que aconsejaba un día el presidente Roosevelt á sus conciudadanos, en un acto como éste, y en un discurso memorable: hagamos de modo, les decía, que, llegada la hora de nuestra muerte, podamos morir en la convicción de que la humanidad es un poco mejor, porque nosotros hemos vivido; brindemos, por fin, al inapreciable concurso de la mujer en nuestra obra de justicia, de progreso, de libertad, de amor....

(Grandes aplausos. La concurrencia, puesta de pie, aclama largo

rato al orador).

